

## LA NIÑA Y EL YELMO

La Niña, no era una niña, era una perra. El pastorcillo la llamaba así en recuerdo de su abuelo, Juan el Niño, aunque sabía que a mucha gente del pueblo no le parecía bien eso de llamar niña a un animal. Pero a él le daba igual. Él, como su abuelo, también era el Niño, Manuel “el Niño”, no sólo porque tenía once años, sino porque había heredado el sobrenombre de su abuelo Juan, así que, como él, sería niño durante toda su vida, por mucho que viviera.

Manuel y la perra, niño y niña, despertaron aquella mañana antes de lo habitual; quizá porque ya llevaban muchos días en el monte y aquel domingo tocaba bajar al pueblo, donde madre tendría preparado un sustancioso guiso que calmaría el cantar de tripas que acompañaban a pastor y animal durante los últimos días en la majada, pues lo poco que subía Manuel del pueblo en su zurrón no daba para mucho. El niño era huérfano de padre y la madre tenía que hacer malabarismos para alimentarse ella y alimentar a Manuel y sus hermanos.

Así pues, Manuel, desde bien pequeño, contaría con siete u ocho años, tuvo que pastorear el hato para sobrevivir en el monte con la única compañía de las ovejas, la Niña y un enjuto morral que la mayoría de las veces sólo contenía queso rancio y pan duro.

El rebaño no era suyo, sino de un amo, que le pagaba casi un duro al día por mantener corderos y ovejas a buen recaudo. Lobos ya no se veían por aquellos lares, pero no faltaban depredadores que quisieran alimentarse a costa de sus borregos: zorros, gatos monteses y perros asilvestrados eran sus principales enemigos, aunque no los únicos: el águila real apresó más de un corderito delante de sus mismas narices, ante su asombro y su desesperación.

Pero en general la vida allá arriba era tranquila, dura pero tranquila. Sin sobresaltos, los días pasaban unos iguales a los otros: el mismo paisaje austero, la misma compañía silenciosa e incondicional de la Niña, la sempiterna sensación de hambre en el estómago, la misma congoja en el corazón y la omnipresencia de aquel coloso de piedra que llamaban Yelmo o Diezmo, señor de todo aquel caos granítico, al que Manuel gustaba de encaramarse muchas veces, dejando el rebaño al cuidado de su fiel perra.

Desde allí, desde la cumbre del Yelmo, contemplaba absorto las caprichosas formas que el tiempo le había dado a las piedras, las más lejanas cumbres de la Cuerda Larga, los pinares, el incipiente río Manzanares, el buitre negro y el leonado...y, por supuesto, su favorita, el águila real o chivera, como le gustaba llamarla a él.

Podía pasarse horas mimetizado con el colosal domo, sintiendo cómo el cuarzo el feldespató y la mica casi invadían sus enjutas carnes de niño de postguerra. Mientras, poco más abajo, la Niña cumplía con solvencia su labor, esperando paciente a que Manuel volviese a aparecer por la estrecha grieta por donde se había ido.

Así pues, aquel día bajarían al pueblo, donde comerían caliente; Manuel ni siquiera esperaba a que la madre apartase la olla de la lumbre para meterle mano, aun a costa de escaldarse la lengua.

Esos días en el pueblo servían para que el costillar del niño dejase de señalarse tanto y su rostro adquiriese otro lustre. La perra también salía bien parada, pues raro era el día que no se llevaba a la panza algo de las sobras del puchero, que nunca eran muchas pero sí sustanciosas.

Una vez volvían al monte, volvían también las penurias culinarias, así que Manuel tenía que ingeniárselas para enriquecer un poco su espartana dieta, poniendo siempre buen cuidado en no esquilmar el campo o utilizar veneno, como hacían algunos. Sobre todo recolectaba frutos, cogía setas y, si podía, pescaba alguna trucha.

Pese a su corta edad, Manuel ya se había ganado a pulso la enemistad de algunos de aquellos que sembraban el monte de trampas y estricnina, aquellos que vieron el cielo abierto cuando se crearon las Juntas de Extinción de Alimañas y Animales Dañinos. Muchos se echaron al monte para paliar su hambre, otros aprovecharon también para paliar su sed de sangre. De estos últimos, el peor de todos era Antón el alimañero: el campo entero enmudecía ante su oscura y encorvada figura. Las bestias y las plantas le temían y le odiaban a partes iguales. Hasta se permitía mirar al Yelmo con ojos desafiantes, como haciéndole saber que el único señor de aquellos parajes era él.

Muchas veces vio Manuel, agazapado tras unas retamas o algún tocón podrido, cómo el alimañero desollaba a los raposos vivos para cobrar de la mencionada junta al entregar su piel.

Eran muchas las ganas que tenía Manuel de bajar al pueblo, pero aquella mañana tenía que hacer algo antes de llegarse a Manzanares: el día anterior había observado la figura enjuta del alimañero encaramarse hábilmente a una pared rocosa donde sabía que el águila real tenía su pollada. Conocía el método del mal hombre: ataba la pata del aguilucho para prolongar su estancia en el nido y surtirse de las presas que cazaban los padres. Finalmente, cuando el animal moría de hambre, le cortaba las garras, que presentaba a la Junta de Extinción a cambio de una recompensa.

Ya lo había hecho otras veces; subía al nido y liberaba al aguilucho del lazo hecho por el gañán, y el animal parecía mirarle agradecido con sus grandes ojos color avellana. El niño se quedaba entonces largo rato observando a la rapaz, maravillado ante un ser tan majestuoso, que parecía creado con el único propósito de enriquecernos la vista y hasta el espíritu al verlo señorear la cumbres, al verlo rascar el espinazo al viejo Yelmo.

Pero aquella mañana lo que vio fue el vuelo de los buitres en torno a algún cadáver a modo de mal presagio. Se le erizaron los bellos y hasta sintió repeluznos al ver aparecer, allá en el alcor, la cainita figura de Antón el alimañero, ensombreciéndolo todo a su paso. Llevaba, como siempre, colgando en la cintura todos sus trofeos, que ese día eran numerosos. Según se iba acercando, el niño pudo ir distinguiendo cómo pieles de zorro, gatos monteses, ginetas y demás pendían y se balanceaban de manera grotesca a cada paso que daba el alimañero. Al llegar a su altura, el hombre mostró con orgullo al chico dos garras de águila y le dijo: "Rapaz, por cada una de estas me dan veinticinco pesetas y si tu perra fuera una loba me darían mil pesetas por su piel, ten cuidado no se vaya a confundir alguien, pues tan grande como un lobo es y la vista a veces engaña" y, como el que no quiere la cosa añadió: "Por cierto rapaz, si ves al que me chafa los cepos y me echa a perder el veneno, ponle sobre aviso, porque a mí poco me da un tiro más que un tiro menos".

La prudencia y la ira pujaron en Manuel. Ganó la segunda alentando al niño para que este obsequiase al alimañero con merecidos adjetivos como asesino, alimaña y un largo etcétera, adjetivos que el adulto no digirió bien, con lo que propinó un fuerte golpe al pobre Manuel. La Niña, como no podía ser de otra manera, se abalanzó e hizo presa en la pierna del hombre, que cayó al suelo chillando de dolor.

Finalmente se oyó un disparo que se extendió por toda la sierra, amplificado por tanta pared de roca. Caín cruzó errante y cojo las tierras del águila dejando tras de sí a un pobre niño apaleado y a una perra de nombre Niña que dio la vida por su amo.

Manuel hizo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban y enterró a su perra allí cerca, en la pradera del Yelmo, donde la lloró amargamente.

Aquel día, el granito del Yelmo se hizo más permeable cuando Manuel coronó su cima y se echó a llorar, absorbiendo parte de sus lágrimas, su pena y su dolor.

Han pasado muchos años y Manuel, que ya es abuelo pero sigue siendo el Niño se acerca con paso lento hasta las inmediaciones del Yelmo, donde enterró a su querida Niña. Allí, goza como él sólo sabe de la compañía de la montaña amiga, se adentra en su grieta y se encarama hasta su cumbre, donde se funde con el viejo coloso, le cuenta sus cuitas y hasta escucha su respiración. Manuel alza entonces la vista al cielo y se queda largo rato mirando el vuelo del águila real que ha vuelto a señorear las cumbres, libre ya el campo de la sombra del alimañero mucho tiempo atrás.

El pastor aparece de nuevo al otro lado de la grieta, donde le espera paciente un hermoso ejemplar de mastín al que llama Yelmo. Algunos le dicen que ese no es nombre para un perro, a él le da igual.

EL NIÑO.